



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII

San Salvador, C. A., Abril de 1958

Número
125

ORIENTACION

Manantial de segura esperanza

El mundo cristiano está celebrando desde el 11 de Febrero de este año el Centenario de las Apariciones de Nuestra Señora de Lourdes. Seguramente que nadie medianamente instruido, creyente o incrédulo, habrá dejado de oír el nombre de la pequeña ciudad escondida en uno de tantos replieques de los Pirineos Franceses.

Bordeada del río Gave y atalayada por su castillo de Mirambel, la ha hecho famosa en todo el mundo, la voz de una humilde niña, entonces pastorcita, más tarde religiosa y hoy aclamada como Santa, Bernardita Soubirous.

Hace un siglo, el 11 de Febrero de 1958, cuando la niña, hija de un pobre molinero, andaba en busca de alguna leña abandonada por las orillas del río, le sorprende la aparición en uno de los huecos de la cueva conocida con el nombre de Massabielle, de una Señora hermosísima, vestida de blanco, ceñida de azul, con dos rosas en sus pies descalzos y un rosario en sus manos, que días después dijo ser la Inmaculada Concepción. Porque la misteriosa señora preguntó a la niña: "Queréis tener la bondad de venir aquí durante quince días?" y contestando ella afirmativamente, la señora fue expresando sus deseos de tener una capilla, de ver en aquel lugar mucha gente venida en procesión, invitó a la vidente a hacer penitencia, le hizo alumbrar un manantial, que desde aquel mismo día resultó maravilloso, y por fin, requerida por el Abate Peyramale, párroco del lugar a través de Bernardita, confesó ser la Inmaculada Concepción. Bernardita, sin entender su significado por su ignorancia religiosa, apenas si sabía las primeras oraciones del cristiano, las fue repitiendo por el camino hasta ponerlas en conocimiento del Sr. Peyramal. Este sí que las entendió y quedó maravillado. La Señora se identifica por el significado privilegio que Dios había concedido

a la Virgen María desde el primer instante de su ser natural y la Iglesia había declarado como dogma o doctrina de fe obligatoria para todos sus fieles, nada más que cuatro años antes, por boca del pontífice reinante, Pío IX.

Suponemos que ninguno de nuestros lectores se habrá extrañado de ver en esta revista una relación como la precedente, por antipatía a la irrupción sobrenatural, cuando habra leído tantas y tantas otras no menos maravillosas fruto de la imaginación, siendo ésta estrictamente "histórica" en su sencilla ingenuidad y origen, por su profundo y oportunismo significado, de la movilización más grande religiosa de nuestro siglo, exceptuadas las de Jerusalén y Roma.

Lourdes se ha impuesto al mundo. "Yo quiero que venga aquí" había dicho la celeste aparición. Y las gentes han venido. Durante la misma quincena de las apariciones llegaron de 3.000 a 20.000. Desde que en 1867 el ferrocarril llegó a Lourdes las muchedumbres aumentaron extraordinariamente. Ya a principios de siglo la administración de los ferrocarriles del Medio Día de Francia consignaba que la sola estación de Lourdes recibía mas de 1.000.000 de viajeros por año. La afluencia ha aumentado al ritmo de la facilidad de comunicaciones por carretera y aire. Según una estadística de 1955 los peregrinos llegados por tren, autocares y aviones fueron 2.500.000 a los que hay que añadir muchos miles más de los que vienen en forma privada y anónima. Para este año centenario se esperan unos 6.000.000. Basta asomarse a las agencias de viajes de todos los países. La peregrinación de Lourdes ocupa entre las ofertas un destacadísimo lugar.

¿La explicación?

UNA NUEVA EFUSION DE LA REDENCION

El siglo diez y nueve ha sido caracterizado como el siglo de las luces, pero tales que han pretendido apagar las del cielo. Ha sido el siglo del racionalismo agnóstico o negador de toda realidad ultraterrena y espiritual. Muchos se felicitaban de antemano de que en él se acabaría la era de las supersticiones, porque quedaría destruida su fautora, la Iglesia Católica, comenzando por la institución del Papado, una vez despojado de sus dominios temporales. El siglo diez y nueve vió nacer el comunismo, como hijo de un liberalismo económico desenfrenado, a su vez producto de la gradual descristianización de las ideas y sentimientos.

Se caminaba y aún hoy se camina a la negación de la existencia de Dios, Creador del mundo y del hombre, al desconocimiento de Jesucristo y de su Iglesia y a la total laicización de la vida. En esta dirección se pretende llegar a la implantación de la felicidad humana, engañándonos miserablemente sobre la naturaleza y las más íntimas aspiraciones del hombre y el orden preestablecido para colmarlas por nuestro Creador y Redentor. Estamos viendo y sintiendo en carne propia con que resultados tan funestos en la vida individual, familiar y social, avocados a un estado de angustia e incertidumbre que dos guerras mundiales acreditan ser muy real ante la posibilidad de otra tercera, capaz de traer la destrucción y la muerte a una gran parte, si no la mayor, de la humanidad.

Ante este callejón sin salida en que se encuentra perdido y desesperado el hombre, Lourdes representa la actuación de la infinita bondad de Dios bajo la gracia figura y la compasiva solicitud de la privilegiada mujer que el escogió para Madre suya y nuestra. Para Dios no podemos ser otra cosa que niños, hijos pequeños necesitados de la vigilante atención y los avisos y recuerdos de una cariñosa madre como la Virgen María.

Nada de nuevo nos dice en Lourdes, pero sí recuerda que hay otro mundo ultraterreno de premio y de castigo definitivos dependiente de la aceptación o rechazo de la vida sobrenatural de la gracia que nos vino a traer su Hijo y por su disposición nos dispensa la Iglesia. Siguiéndola no nos equivocamos. Ella goza de la aprobación y de poderes divinos para concedernos el perdón de los pecados y ofrecernos el pan que da vida al mundo en la Eucaristía. Y la Virgen Madre, prototipo el más perfecto de esa misma Iglesia, nos invita a la conversión y la penitencia y nos enseña a orar que es la actitud propia de la criatura necesitada continuamente del auxilio de Dios. Ella se ofrece a ser nuestra poderosa intercesora ante el trono divino, mientras la invocamos con el rezo del Santo Rosario, y con su manera de proceder con la humilde Bernardita nos repite la lección de que Dios no es aceptador de personas y si alguna preferencia tiene la reserva para los humildes, los pobres y los necesitados de toda clase.

Podemos afirmar con Su Santidad Pío XII que la Virgen ha venido a Lourdes "para restaurar el mundo en Cristo por una nueva e incomparable efusión de la Redención".

Y de la misma manera como en su vida terrenal Jesucristo atraía a las almas con el secreto aliciente de ser el Deseado de todas las naciones, así las sigue atrayendo en nuestros días. No todos saben a lo que van, pero a todos polariza hacia Lourdes una misteriosa fuerza magnética que allí se muestra aun al exterior, como en Jesucristo, en estupendas maravillas, sobre todas las leyes naturales, que patentizan la presencia de Dios en medio de los hombres. Nos referimos a los milagros de Lourdes.

LA CLINICA DE LO SOBRENATURAL

El milagro constituye el sello desconfundible de la acción divina y de su aprobación a la doctrina en cuyo favor se invoca. Lo han comprendido instantáneamente todos los pueblos y no es este lugar para razonarlo filosóficamente.

En Lourdes la Virgen, el día 25 de Febrero, noveno de las apariciones, alumbró un manantial indicando a Bernardita el sitio preciso y ordenándole beber y lavarse en aquella fuente. Bajo los dedos de la niña brotó el hilito de agua convertido al día siguiente en chorro de un dedo de grosor; pocos días después era como el brazo de un niño, más tarde un surtidor potente y límpido que desde entonces jamás se ha secado y hoy arroja sus aguas por quince grifos y llena con abundancia las piscinas destinadas a los baños de los enfermos.

La aparición del manantial fue el comienzo de las maravillas externas de Lourdes. Al día siguiente con su agua recobraba instantáneamente la vista de su ojo derecho un pobre cantero, Louis Bourriet, mal herido en su trabajo, y muchas personas cuyos nombres se citan se levantan curadas del lecho del dolor; continúan las curaciones los días siguientes y el último de la quincena un niño de dos años, mal conformado desde su nacimiento y tenido por muerto, inicia los portentos en las piscinas. Sumergido por su afligida madre, durante un cuarto de hora, en el agua del pozo formado alrededor de la fuente, ante los ojos estupefactos y las airadas representaciones de la multitud, se le saca yerto y al parecer muerto, pero en realidad dormido en un sueño apacible del que al poco tiempo había de levantarse sano y bueno, el que nunca había podido andar por su pie.

Lourdes se convirtió desde entonces en frase del Dr. Constantino James, discípulo de Charcot, en "el milagro en estado permanente".

Se obraban tantos, los hechos eran tan patentes que en 1882 se fundaba para su comprobación científica la "Oficina de comprobaciones médicas" equivalente a una especie de "clínica de lo sobrenatural". En los primeros 32 años de su funcionamiento se registraron en ella 3.810 casos inexplicables a la ciencia y, a pesar de los progresos de ésta, cada año suceden nuevos que no se pueden atribuir ni a excitaciones del sistema nervioso, ni a las cualidades del agua, pura y simple como cualquier otra, ni a la sugestión terapéutica, ni a causas desconocidas que de serlo mostrarían su eficacia siempre que se dieran las mismas circunstancias.

Y en Lourdes los milagros se obran sobre toda clase de enfermedades y en las condiciones más diversas: ante la gruta y en las piscinas, en la sombra como al sol, durante la procesión con el Ssmo. Sacramento y en la soledad de una habitación, entre mujeres y varones, niños y viejos. La causa allí operante se muestra soberanamente libre, sin sujeción, a ninguna condición sino es a la de la fe humilde y confiada en la Omnipotente bondad de Dios y de su, Santísima Madre. Ni aun a éste siempre, ni la más de las veces, porque esto sería desacreditar de alguna manera la ley del dolor expiatorio de los pecados propios y ajenos, en unión del sacrificio del Redentor. Sobre los milagros físicos de Lourdes están los morales de la aceptación heroicamente espontánea del sufrimiento y la de las innumerables conversiones o retornos de hijos pródigos de la Casa del Padre y de la Madre Celestiales.

Precisamente los otros milagros, los físicos, se obran en orden a estas conversiones y heroísmos. Son pruebas inequívocas del mundo sobrenatural al que se ordenan y prendas y símbolos de aquella fuente de gracia siempre manante en la Iglesia de que hablaba con admirable coincidencia la Misa del día en que comenzaron los milagros de Lourdes: "En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecador y de la mujer manchada". (Zac. 13, 1). Era el 26 de Febrero, fiesta en la diócesis de Tarbes de la Santa Lanza y de los Clavos de Nuestro Señor. La fuente de Lourdes a la derecha de la Gruta Massabiell era nada más, según lo anotaba el primer historiador de las apariciones, una derivación del inmenso río de gracias divinas que comenzó a fluir del costado derecho abierto de Cristo y de sus benditas llagas, hace veinte siglos en la cumbre del Gólgota, para purificación y fecundo riego de toda la humanidad.

